

DINERO

Por GERMAN BERNACER

Y, pues, doblón o sencillo,
hace cuanto quiero,
poderoso caballero
es Don Dinero.

(QUEVEDO: *Letrilla.*)

Gran invención la de la moneda, genial idea a la que sólo es posible encontrarle par en aquellos tiempos heroicos en que la Humanidad descubría el fuego o creaba el idioma, el alfabeto, la rueda o la navegación. Invento destinado a dominar el mundo, en el orden moral no ha tenido suerte. Monarca que acabó en tirano, no ha cobrado buena fama. En él se han cebado las críticas, los odios y las sátiras.

Podríamos parodiarse—hablando del dinero—lo que Esopo decía de la lengua: que es lo mejor y lo peor que existe. Su posesión constituye la tranquilidad de la vida, hace brotar las fuentes de los placeres y goces, es el cuerno de todas las abundancias, el instrumento de la caridad y del bien; con él se edifican y urbanizan las ciudades, se levantan los templos, se protegen las artes y las ciencias, se encienden los incensarios para impetrar la protección de los cielos y el goce de las eternas bienandanzas. Pero si es manantial de tantos bienes, no lo es menos de males sin cuento: estímulo es de los vicios, padre de los pleitos, origen de las guerras; si bien sirve para construir, no es menos eficaz para derribar; si instrumento de la caridad, también lo es de las granjerías; y no menos que multiplica las plegarias, provoca las blasfemias y es órgano de la impiedad y escarnio de la virtud.

Excelencias y defectos al fin de todo aquello que es instrumento de poder y dominio de los hombres sobre los hombres, no es al instrumento a quien hay que imputarlas. Es al brazo que la esgrime y no al arma a quien hay que culpar el mal que causa. Si las lenguas se emplean en la calumnia, no son las lenguas lo que hay que poner en cura, sino las almas. Si el dinero se usa torpemente, no se ha de reformar el dinero, sino los hombres, o acaso el régimen económico que fomenta sus instintos inferiores y no los más elevados de su espíritu. No cabe duda que la escritura y la imprenta son maravillosos medios de cultura y de elevación del hombre, y de tal modo se emplean a veces en su daño, que no sin razón pudo decir paradójicamente nuestro Unamuno que el analfabeto era lo único sano que quedaba en España.

Con el dinero pasa algo de esto. Símbolo de una sociedad materializada, gentes ingenuas llegan a pensar que, suprimiéndolo, los hombres recuperarían la dicha paradisíaca. Pueril creencia de que participó el revolucionarismo ignaro de los primeros maximalistas rusos, que, tomando el símbolo por la realidad, pensaron acabar con el odiado capitalismo al precio de abolir la moneda. Lo único que hicieron fué reducir su valor casi a la nada, a fuerza de desadministrarla. En lo que ni originalidad tuvieron, pues en aventuras semejantes les habían precedido países genuinamente capitalistas y revoluciones que no se proponían ciertamente mutar el capitalismo ni extinguir al burgués. Al cabo hubieron de reconocer la necesidad del dinero; y, si algo se puede reprochar a su obra restauradora, es el haber sido, siquiera en la forma, excesivamente clasicista y respetuosa con el poderoso autócrata y su áureo cetro.

* * *

¿Es posible una economía sin moneda?
El mejor modo de responder a esta pre-

gunta es describir alguno de los sistemas imaginarios mediante los cuales se podría prescindir de la moneda en su sentido estricto de medio material circulante.

Uno de ellos sería el empleo del cheque, sistema que hoy se emplea dentro de círculos limitados de gentes y para pagos de alguna cuantía, pero que podría generalizarse y reemplazar totalmente a la moneda.

Sumariamente consistiría en lo siguiente: Todos y cada uno de los individuos de la comunidad serían titulares de una cuenta corriente y recibirían talonarios de cheques. Cada pago daría lugar a un cheque librado por el pagador a favor del receptor por la suma satisfecha. Ese cheque, al ser entregado por su beneficiario a la entidad bancaria—que supondremos para mayor sencillez que es única—, originaría un adeudo en la cuenta del expedidor y un abono en la del receptor. Como la cuenta de cada titular resultaría abonada de todas las percepciones que le correspondieran y adeudada de todos los pagos que él hiciera, el saldo expresaría el poder de compra a favor de dicho titular en cada momento; hasta ese límite es de lo que podría disponer para su consumo y, de no emplearlo totalmente, el remanente sería una disponibilidad para cualquier empleo legítimo, incluso para quedar a crédito de su titular por tiempo indefinido como un ahorro de previsión.

Se comprende que un sistema de esta naturaleza, suponiendo un grado suficiente de honorabilidad dentro del círculo relativamente restringido que lo utilice, funciona sin inconveniente. Pero, extendido a todo el mundo, daría lugar a muchos abusos e inconvenientes y sería demasiado engorroso para utilizarlo en transacciones pequeñas, como la compra de un diario o los menudos gastos del día.

Algunos inconvenientes del sistema anterior se evitarían entregando a los perceptores de remuneraciones, en vez de talonarios de cheques, libretas de cupones o bonos por cantidades fijas, tanto múltiples de la unidad de valor como divisionarias de la misma, de modo que, con la entrega del número conveniente de cupones de valor adecuado, se pudieran hacer todos los pagos. El poder de compra todavía disponible en un cierto momento estaría expresado por los cupones remanentes en la respectiva libreta, en vez de por un saldo en cuenta como en el sistema anterior.

Esos cupones o bonos se parecen ya un poco a la moneda de papel, pero les falta un carácter esencial: su circulación indefinida. Efectivamente, su curso sería breve y precario. Los empresarios de la producción los entregarían a sus colaboradores en pago de sus servicios productivos. Estos los emplearían en comprar los productos de uso y consumo que les son necesarios. Percibidos de los consumidores por los expendedores de artículos de uso y consumo, los entregarían a la banca para que se les abonara en cuenta, viniendo a constituir un crédito para la compra de nuevos géneros, los cuales serían pagados por transferencias de cuenta a favor de los productores o proveedores de tales artículos, quienes transferirían a su vez parte del importe a sus proveedores de materias primas, etc. Otra parte de esos créditos sería utilizada por los productores y comerciantes para demandar nuevas libretas de bonos con que pagar a sus obreros, empleados y otros suministradores de servicios productivos, y para su propio gasto como consumidores a cuenta de sus beneficios. Los cu-

pones transferidos a los comerciantes expendedores o detallistas por los consumidores quedarían extinguidos al ser entregados por aquéllos a la banca para su abono en cuenta, y cada vez saldrían libretas de bonos nuevas.

De este sistema al del empleo de la moneda, tal como hoy se utiliza, no media más que un paso, el cual consiste en que tales cupones o bonos, en vez de quedar extinguidos cada vez, circularán indefinidamente. El que hubiera de pagar retribuciones, sea el Estado o los particulares, recibiría de una entidad emisora, sea un banco oficial o el propio Tesoro público, trozos de papel o piezas metálicas en que consta un cierto valor. El carácter de unos y otras es el de fichas representativas que se entregan a los perceptores de retribuciones, y éstos emplean en comprar los artículos que necesitan, de modo que, por conducto de los expendedores de tales artículos, van a la banca y se acreditan a los productores de ellos, quienes los retiran de la banca nuevamente para pagar otra vez a sus colaboradores, que, como consumidores, los invierten de nuevo, y así indefinidamente, utilizándose siempre los mismos signos monetarios, salvo las sustituciones que el desgaste aconseje de vez en cuando.

El carácter particular de la moneda es ser un medio de pago de circulación indefinida. Cada uno que la percibe la emplea a su vez en el pago de sus compras y deudas, de suerte que no retorna a la Caja emisora sino al cabo de tiempo, para volver generalmente a salir. El billete de Banco se convirtió de instrumento de crédito y cambio en moneda, cuando comenzó a circular indefinidamente de mano en mano sin retornar cada vez a la entidad que lo había emitido. Por lo demás, importa poco para el caso que sea de una materia o de otra, de papel, de metal o de otra sustancia. La moneda, como ya dijo Montesquieu, es un signo, y ese carácter de signo que tiene es lo que ha permitido que desaparezca de ella todo valor sustancial; para no ser más que una ficha en que constan un cierto número de unidades de valor o una fracción de unidad. Porque su finalidad esencial es llevar cuenta de lo que a cada uno corresponde percibir por su colaboración productiva y de lo que, a cuenta de esa participación, retira del acervo social para su uso particular. La moneda es un signo y esencialmente un signo de colaboración en la producción colectiva, que es lo que legítimamente da un derecho a participar en sus frutos.

Los economistas han descuidado este carácter fundamental de la moneda; han visto en ella un medio de cambio y no un instrumento de distribución. El cambio es uno de los medios de operar la distribución, el único medio práctico y eficiente si se quiere; pero eso no obliga menos a considerar la cuestión esencial por encima de la formal.

La condición dominante de *medio de contabilidad* que tiene la moneda es lo que ha consentido que, a la primitiva moneda-mercancía de pleno valor real, de valor nominal igual al *intrínseco* del metal, se haya ido sustituyendo paulatinamente una moneda símbolo, que es la que hoy existe por doquier.

* * *

Aunque no sea la moneda consustancial con la distribución en valor, gracias a su descubrimiento ha sido posible pasar gradualmente de la forma primitiva de reparto directo de lo producido al reparto indirecto por medio del mercado. De la moneda-mercancía y de la moneda-papel se puede prescindir, más no del dinero en la acepción más general que se da a este concepto de sumas de unidades poseídas o acreditadas por los sujetos económicos. El dinero, en esta acepción puramente numeraria, no se puede eludir sin renunciar a la distribución en valor para retrogradar a la distribución

en especie, propia de sociedades semisalvajes.

Si hemos de computar el valor, hay que medirlo, y la unidad de valor, como toda unidad, ha de estar constituida por una cantidad determinada de aquello que se quiere medir, en este caso por cierta cantidad de algo que tenga valor.

Al fundar una unidad de valor, sea moneda o simple unidad de cuenta, se ha de hacer consistir en una porción concreta de un objeto valioso, que puede ser oro o plata, como ha solido hasta ahora; pero podría ser trigo, algodón u otra mercancía.

Mas no basta instituir una unidad de medida. Si se la deja seguidamente abandonada a sí misma, no se conservaría. Cuando se fundó el sistema métrico decimal se construyó un patrón invariable del metro, que se depositó en París, y con el cual se pueden cotejar los otros metros. La moneda necesita un patrón con el que se mantenga la equivalencia de la unidad de cuenta; sin eso, el valor de tal unidad tiende a evolucionar por sí mismo.

El oro se ha mostrado un mal patrón. Cuando se ha mantenido la moneda en paridad con el oro, ha resultado de valor muy variable en relación con las mercancías en general, es decir, que el nivel de los precios ha fluctuado mucho. Lo cual tiene graves inconvenientes: altera todas las previsiones, causa injusticias en el reparto, arrebató la riqueza de unos sectores para llevarla azarosamente a otros, y es un elemento importante en las crisis que azotan periódicamente al mundo económico.

Se reconoce casi universalmente hoy que, preferible a mantener la equivalencia de la unidad monetaria con cierta cantidad de oro, sería mantener su equivalencia con el conjunto de las mercancías usuales, conservar estable su capacidad adquisitiva. De lo cual han nacido diversos expedientes para corregir la variabilidad del valor oro, como el dólar elástico de Fisher y otros arbitrios igualmente pueriles. Si se reconoce que el oro es un deficiente patrón, es mejor buscar otro menos defectuoso antes que entregarse a complicadas correcciones que difícilmente lograrían su objeto.

De todos modos, es un arduo y fundamental problema de nuestra economía conseguir la estabilidad del valor de la unidad monetaria con respecto a algo que garantice la justicia distributiva, estimule las fuerzas productoras de una manera armónica y continuada, difunda la riqueza sin causar distrofias del organismo social, asegure la estabilidad de las relaciones económicas internas y externas, y se oponga a las perturbaciones del ritmo productivo. Necesitamos descubrir una moneda neutra, inocua, inocente instrumento de la distribución y circulación, que no sea administradora caprichosa del mal y del bien.

* * *

Con el dinero se creó un poderoso, pero artero instrumento. La Humanidad, a imagen de Pigmalión, ha caído en pecado de idolatría de su propia obra. Ha transferido al dinero la virtud que sólo reside en el trabajo y en el esfuerzo. No se sustrae a la falsa ilusión de que la riqueza se halla en ese puro signo por él creado.

Durante siglos ha buscado la prosperidad o simplemente la solución de sus apuros en la multiplicación del dinero. Mientras creyó consustanciales con él los metales preciosos, procuró aumentarlos por todos los medios, atraerlos. Cuando descubrió que no eran indispensables—¡oh manes de Juan Law!—, se consideró feliz de no tener que hacer más que dar vueltas a la manivela de las máquinas de imprimir papel monetario.

Mas en todos los casos se ha venido a hacer patente que, si los hombres supimos inventar el dinero, no fuimos capaces nunca de descubrir su íntimo secreto, aquel se-

creto cuyo conocimiento nos permitiría dominarlo, y nos encontramos un poco en la postura del aprendiz de brujo de la fábula de Goethe, víctima él de sus propios sorti-

legios, ignorantes nosotros también de la fórmula abracadabrante que pueda liberarnos de los misteriosos poderes que hemos concitado con la famosa invención.

Europa hacia su libertad de materias primas

Tentativas para la producción de caucho natural

Con todos los medios de que se dispone, los países europeos reunidos en una nueva unidad, tratan de alcanzar su libertad en lo que se refiere a las materias primas y en afirmarlas. En este aspecto merecen especial interés los esfuerzos dirigidos a producir en Europa caucho natural. Así por ejemplo, Alemania se ha ocupado desde un principio con el problema de fabricar caucho sintético y aunque la buna ha alcanzado hoy ya grandes éxitos, sin embargo se tiende a investigar qué posibilidades hay para cultivar en Alemania planchas de caucho para fabricar caucho natural.

Se ha fundado en Berlín la Compañía de investigación y cultivo del caucho, cuyo objetivo es estudiar y fomentar las posibilidades de obtención de caucho natural extraído de ciertos arbustos y matas que lo contienen. En primer lugar, la Compañía quiere descubrir e investigar cuáles son las plantas que contienen caucho más apropiadas. Se iniciarán cultivos artificiales y se crearán plantaciones de experimentación. En torno al Director general de Automovilismo se ha creado un Consejo de Administración del caucho vegetal, que se ocupará de los problemas del cultivo de las plantas que contienen esta sustancia.

Italia se ocupa ya hace algunos años de la cuestión de la producción de caucho natural, y ya hoy puede registrar algunos éxitos. En mayores proporciones se ha conseguido obtener caucho natural de la planta quayule, que contiene goma. La región de origen de esta planta es Méjico, pero tam-

bién encuentra muy favorables condiciones de vida en algunas regiones de Italia por el clima. Crece especialmente en terrenos muy pobres, aunque su calidad está por debajo del caucho natural. Puesto que la quayule da unos 800 gramos por arbusto, y en cada hectárea pueden cultivarse de 15 a 20 mil matas, calculando una producción del 10 por 100 y un turno de cuatro años, anualmente pueden obtenerse de 300 a 400 kilos de caucho por hectárea.

En Francia las experiencias realizadas para estudiar las posibilidades de obtención del caucho natural han dado por resultado que el jugo lechoso y pegajoso de la "euphorbia resinífera" del norte de Africa es muy apreciada para obtener el caucho. En el laboratorio de Casablanca se han descubierto métodos de elaboración muy sencillos para tratar el jugo de la euphorbia. Cien mil hectáreas de terreno en el norte de Africa están cubiertas de estas plantas. Un tercio de esta superficie bastaría para que Francia pudiera prescindir de la importación de caucho.

En Ucrania y en la Rutenia Blanca se ha comprobado que existen condiciones climatológicas favorables para el cultivo en grandes proporciones de plantas que contienen caucho.

En cuanto la solución del problema de obtener caucho orgánico, se encuentra hoy todavía en su fase experimental. Es justificado esperar notables perspectivas de éxito en este aspecto. Tal vez dentro de no mucho tiempo se podrá decir más a este respecto.

ALTOS CARGOS



D. Manuel Arbúria, actual Subsecretario de Comercio y Subdirector del Instituto Español de Moneda Extranjera que ha sido nombrado Director General Primero del Banco Exterior de España

El pantano de Alarcón

Los grandes proyectos hidráulicos de España siguen a ritmo acelerado. En la Ruta de Valencia, cerca de Alarcón de las Altas Torres, se está llevando a cabo la obra verdaderamente ingente de la canalización del Júcar, el río más rico de España, que periódicamente inunda la vega valenciana, y en el rigor del estío escatima, por filtraciones, el caudal de sus aguas. El pantano de Alarcón es la obra que va a regular en lo adelante la potencialidad del Júcar. El plan de obras públicas de 18 de abril del pasado año incluyó este proyecto, cuya realización se traducirá, como es natural, en un mejor aprovechamiento de las aguas de este río.

Las obras que están en realización son muy importantes. Más de doscientos obreros trabajan en la construcción de saltos, que representan una producción hidroeléctrica de 200.000 caballos y el mejoramiento de 40.000 hectáreas de tierra dedicadas al cultivo de la naranja, arroz y otros productos de la tierra valenciana. Por ahora es casi imposible valuar la riqueza de esta utilización agrícola e industrial que permitirá un mayor desenvolvimiento en las industrias hidroeléctricas y una ampliación en la capacidad de regadío de las tierras.

Las características del pantano son las siguientes: cubicación de embalse 800 millones de metros cúbicos; altura de la presa vertedera, 55 metros; longitud de coronación de la presa, 280 metros; coste de las obras, 50 millones de pesetas.